

pues el desgraciado creía á pié firme que una esperanza quimérica no puede apoderarse del espíritu con tanta fuerza y tenacidad como un hecho positivo.

Pero si él no lo sabía, en cambio su hija lo había adivinado. En cuanto á Tomás, llegaba, como otros muchos habían llegado antes que él, á ese resultado triunfal del cálculo, que consiste en no ocuparse más que del *número uno*, es decir, de sí mismo. Y en cuanto á la señora Gradgrind, si hablaba alguna vez de esto, era para decir, desprendiéndose un tanto de los envoltorios y chales en que se refugiaba como una marmota humana:

—¡Bondad divina! ¡Cuánto lastima y maltrata mi cabeza oír á esa niña Jupe preguntar con tanta insistencia por esas fastidiosas cartas! Palabra de honor: parece que estoy consagrada, destinada y condenada á vivir en medio de cosas que no acaban nunca. Verdaderamente es muy extraordinario; pero estoy en que jamás he de ver el fin de nada de cuanto me rodea.

Al llegar á este punto de su discurso, sentía que se fijaban en ella las miradas de Mr. Gradgrind, y bajo la influencia de este hecho glacial, volvía á recaer en su letargo.

CAPÍTULO X.

Esteban Blackpool.

Tengo la debilidad de creer que el pueblo inglés está condenado á un trabajo tan rudo como ninguno de los demás pueblos á quienes alumbra el sol; será una idiosincrasia, una debilidad personal, si lo queréis, pero que me conduce á creer muy natural el particular interés que me inspiran los trabajadores.

El barrio más laborioso de Cokeville, detrás de las fortificaciones más íntimas de aquella fea ciudadela, donde la naturaleza había desaparecido ante la industria del hombre, que detenía prisionera una atmósfera de miasmas y de gas mefíticos; en el centro de aquel laberinto de calles estrechas, amontonadas unas y otras después de haber venido al mundo una á una, con grande prisa de responder á las necesidades de tal ó cuál individuo; componiendo el todo una familia desnaturalizada, cuyos individuos se confunden, se empujan y se maltratan de la manera más cruel; en el fondo y en el rincón más

insalubre de aquel vasto recipiente malsano, en que las chimeneas, apiñadas por la falta de espacio, tomaban mil formas extrañas, como si cada casa quisiera anunciar qué clase de gentes podían nacer en el interior; entre la vil muchedumbre de Cokeville, que se llama en término genérico los braceros, raza de gentes que ciertas personas verían con menos repugnancia si la Providencia hubiera juzgado á propósito no concederles más que brazos, ó cuando más, como á los moluscos que pueblan las orillas del mar, un estómago que se llena con cualquier cosa, en aquel infierno vivía cierto Esteban Blackpool, de edad de cuarenta años.

Esteban representaba algunos más, pero había pasado una vida muy laboriosa. Se ha dicho que toda existencia tiene sus rosas y sus espinas; pero en la de Esteban, á consecuencia de un engaño de que había sido víctima, algún otro cosechó las rosas, mientras el obrero tuvo la mala suerte de cosechar las espinas de otra existencia, además de las que correspondían á la suya. Había sufrido, para servirme de sus palabras, un montón de desgracias. Generalmente se le conocía por el viejo Esteban, lo cual era una especie de homenaje tributado al dolor que le habían valido aquella vejez prematura, aquella frente venerable, aquel cuerpo endurecido por un trabajo recio y constante.

Era un hombre algo encorvado, con la frente arrugada y la cabeza cubierta de largos y crespos cabellos grises. El viejo Esteban hubiera podido pasar por un hombre muy inteligente entre los de su condición; sin embargo, estaba muy lejos de serlo. No formaba parte de esos braceros notables que, aprovechando en muchos años algunos intervalos de ocio, consiguen poseer alguna ciencia difícil ó adquirir algunos conocimientos que no son propios de su condición. No pertenecía á ese escaso número de braceros que saben pronunciar un discurso ó presidir una reunión. Millares de sus compañeros sabían expresarse mejor que él en un momento dado. Era conocedor de su oficio mecánico, y un hombre de mucha integridad. ¿Era alguna otra cosa que valiese más? Dejemos que él mismo se encargue de decírnoslo.

Todas las luces de aquellas grandes fábricas que por las noches, en cuanto estaban encendidas, daban á los edificios el aspecto de castillos encantados, acababan de apagarse, y las campanas habían sonado para anunciar el fin del día: los obreros, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, volvían á sus casas, haciendo resonar el pavimento con sus pasos. El viejo Esteban esperaba en la calle, poseído por esa extraña sensación que produce siempre la suspensión del movimiento de una máquina, sensación

singular, en efecto, que le hacía creer que el movimiento marchaba ó se detenía constantemente en su cabeza como en la máquina.

—¡Cuánto tarda Raquel!—se dijo.

Estaba lloviendo, y diferentes grupos de mujeres jóvenes pasaron á su lado, cubiertas las cabezas con los chales, á fin de defenderse contra la lluvia. Debía conocer mucho á Raquel, porque una sola mirada dirigida á cada uno de estos grupos bastaba para demostrarle que allí no iba la mujer que buscaba.

—Vamos: se fué sin que la viera.

Pero aún no había recorrido la extensión de las tres calles, cuando vió á alguna distancia una de aquellas figuras semitapadas con los chales, y la examinó con tanta atención, que acaso para reconocerla le hubiera bastado ver la sombra dudosa que proyectaba en el húmedo suelo, si sus precipitados movimientos no la hubieran denunciado. Andando entonces más de prisa, alcanzó á aquella mujer, detuvo el paso al verse junto á ella, y exclamó:

—¡Raquel!

La mujer se volvió: la luz de un reverbero alumbraba aquel trozo de calle: alzando un poco su capuchón, dejó ver un rostro ovalado, una fisonomía agradable, una tez morena y delicada, animada por un par de ojos de singular dulzura, y embellecida con cabellos negros cuidado-

samente peinados. Aquel rostro no tenía ya la brillantez de la juventud: era el de una mujer de treinta y cinco años.

—¡Hola, amigo mío! ¿Eres tú?

Después de haber pronunciado estas palabras, acompañadas de una sonrisa que se leía fácilmente en sus facciones, pero aún mejor en sus dulces ojos, volvió á cubrirse con el capuchón, y ambos siguieron juntos un mismo camino.

—Cree que te habías quedado detrás, Raquel.

—No.

—¿Has salido temprano esta noche?

—Sí, suelo salirme más pronto, Esteban; así como otras veces salgo más tarde. No se puede decir con exactitud la hora á que vuelvo á casa.

—Ni, por lo visto, á la que sales, ¿no es verdad, Raquel?

—No, Esteban.

Esteban la miró con una expresión que anunciaba cierta contrariedad, pero también una respetuosa convicción de que aquella mujer obraba bien en cuanto hiciese. Aquella expresión no pasó desapercibida para Raquel, pues apoyó su mano ligera en el brazo de su compañero, como para darle las gracias.

—Somos tan buenos y tan antiguos amigos, y empezamos ya á ser tan viejos....—le dijo.

—¿Tú, Raquel? Tú eres más joven que nunca.

—Haríamos muy mal en envejecer el uno sin el otro mientras dure nuestra vida, Esteban (le respondió riendo); pero de todos modos somos tan antiguos amigos, que sería un pecado muy grande y un grandísimo error ocultarnos uno á otro la verdad. Más vale que no nos paseemos juntos. ¡Oh! Tiempo vendrá en que lo podamos hacer. En verdad, que sería muy cruel perder la esperanza,—dijo Raquel con cierta alegría, de la que procuraba hacer partícipe á su amigo.

—De todos modos, es muy cruel lo que nos pasa.

—Procura no pensar en ello, y te parecerá menos duro.

—Tiempo hace que lo deseo, y jamás logro conseguirlo. Pero tienes razón: podrías murmurar por cuenta tuya. He encontrado en ti tanto consuelo, Raquel; me has hecho tanto bien; tanto espíritu me han dado tus palabras de alegría, que tu voluntad es una ley para mí. ¡Oh! Sí, hija mía; una ley muy buena y muy grata. Mejor que muchas leyes verdaderas.

—No te preocupes con esas cosas, Esteban (respondió Raquel con viveza y alguna inquietud en la mirada). Deja á las leyes tranquilas.

—Sí, sí (dijo Esteban, moviendo la cabeza varias veces). Dejémoslas tranquilas; dejemos que todo esté tranquilo. Es una desgracia: he aquí todo.

—Siempre una desgracia,—dijo Raquel, volviendo á tocar dulcemente el brazo de Esteban, como para sacarle de la sombría meditación que le hacía morder, al andar, las puntas de su corbata, anudada muy negligentemente alrededor del cuello.

Aquel contacto produjo un efecto inmediato. Esteban dejó caer la punta de la corbata que tenía entre los dientes; volvió hacia su compañera el rostro risueño, y contestó con buen humor:

—Sí, Raquel, hija mía; siempre una desgracia; pero, ¿qué le hemos de hacer?

Habían andado ya bastante camino, y se encontraban no lejos de sus respectivas casas. La de Raquel era la más próxima. Aquella mujer vivía en una de las numerosas calles pequeñas, en las que el contratista de los funerales más en boga (sacaba una renta bastante decente de las pobres pompas fúnebres de aquel vecindario), tenía una escala negra destinada á ayudar á los que habían concluido de subir y bajar á tientas las escaleras demasiado estrechas, y se deslizaban más cómodamente fuera del mundo, por las ventanas. Raquel se detuvo en la esquina, y apretando la mano de Esteban, se despidió.

—Buenas noches, Raquel, hija mía; buenas noches.

La joven bajó la calle con su atavío sencillo pero esmerado, y su continente sereno y modes-

to. Esteban la siguió con la vista hasta que desapareció en una humilde casa, no lejos de aquel sitio. Acaso no había una sola ondulación en aquel chal grosero, que no tuviese su interés á los ojos de Esteban; ni un solo sonido de aquella voz dejaba de despertar un eco en el fondo de su alma.

Cuando la perdió de vista, prosiguió su camino para entrar en su casa, mirando á intervalos el cielo, cuyas nubes cruzaban el espacio rápidas é impetuosas. Pero he aquí que la atmósfera se despeja, cesa la lluvia, la luna que brilla mira con curiosidad por las anchas chimeneas de Cokeville para ver los grandes hornos que hay debajo, y dibuja en las paredes interiores de las fábricas sombras gigantescas de máquinas en reposo. La frente del obrero parecía iluminarse, al mismo tiempo que el cielo, á medida que adelantaba.

Su habitación, situada en una calle muy semejante á la primera, á diferencia de ser aún más estrecha, estaba encima de una tiendecilla. ¿Cómo había gentes que se dignasen comprar ó vender miserables juguetes confundidos con periódicos á cuarto, con pedazos de tela y con un trozo de puerco que había de sortearse en lotería al día siguiente? Pero ahora nos importa muy poco averiguarlo. Esteban encendió un cabo de vela en otro cabo que ardía en el mostra-

dor, y sin incomodar á la dueña de la tienda, que dormía á más y mejor, subió la escalera y entró en su cuarto.

Su habitación se componía de una sala, cuyos locatarios precedentes, en gran número, habían hecho conocimiento con la escala negra de que acabo de hablar. En aquel momento parecía tan arreglada como podía estarlo semejante habitación. En un rincón había una mesa de escribir muy vieja, sobre la cual se veían algunos libros y varios papeles escritos: el mueblaje era suficiente; la atmósfera viciada, pero la habitación muy arregladita.

Al dirigirse hacia la chimenea para colocar el cabo de vela en una mesa de tres piés que estaba próxima, tropezó en un objeto. Se volvió, bajando la luz, y aquel objeto se levantó, y tomó la forma de una mujer sentada en el suelo.

—¡Bondad divina! ¡Mujer! (exclamó Esteban, retrocediendo algunos pasos.) ¡Otra vez has vuelto!

Aquello era una mujer; pero ¡qué mujer! Una criatura perdida, borracha, apenas capaz de tenerse en la posición que acababa de tomar, apoyando en tierra una mano asquerosa de puro sucia, en tanto que con la otra hacía esfuerzos muy mal dirigidos para separar de la frente los cabellos enmarañados; una mujer tan repugnante por sus harapos, y su suciedad, y su mise-

ria, y, sobre todo, tan repugnante por su infamia moral, que daba vergüenza de sólo mirarla.

Después de haber dejado escapar dos ó tres juramentos de impaciencia, y después de haberse enredado estúpidamente los cabellos con la mano que no necesitaba para sostenerse, consiguió separarlos lo bastante para ver al obrero. Después, continuando sentada, se balanceó hacia atrás y hacia adelante, y con su impotente brazo hizo ademanes que parecían destinados á acompañar una carcajada; bien que el semblante conservó su expresión soñolienta y estúpida.

—¡Hola! ¿Eres tú, hijo mío?

Algunos sonidos roncós, que procuraban explicar estas palabras, salieron al fin de la garganta de aquella mujer, con una entonación gangosa; después la cabeza casi rodó sobre su pecho.

—¡Que si he vuelto! (exclamó al cabo de algunos minutos, como si Esteban acabase de decirlo.) Sí, y volveré cien veces, y ciento más, y mil más. ¡Que si he vuelto!.... Sí tal, que he vuelto. ¿Y por qué no?

Reanimada con la insensata violencia con que acababa de expresarse, consiguió ponerse de pié, no sin gran trabajo, y así permaneció con las espaldas apoyadas contra la pared, y procurando dar á su rostro una expresión de desprecio.

—Vengo á vender otra vez todo cuanto tienes, y después volveré y venderé lo que tengas, y repetiré cien veces esta operación (gritó aquella mujer, con un movimiento que participaba de la amenaza, de la orgía y de una danza báquica). ¡Quítate de ahí! (Esteban, con el semblante oculto entre las manos, se había sentado en el lecho.) Quítate de ahí: esa es mi cama, y tengo derecho á acostarme en ella.

La mujer avanzó dando traspiés. Esteban se retiró temblando, y cubriéndose el rostro se fué al otro extremo de la estancia. La mujer se acostó en la cama, y muy pronto se la oyó roncar. Esteban se dejó caer en una silla, de la cual no se levantó más que una vez en toda la noche, y esto para tapar con una manta á aquella mujer, como si le hubiera parecido que las manos con que se cubría el rostro no bastaban á ocultársela, ni aun siquiera en la oscuridad.